

Una mirada a las Américas. La virreina María Luisa Gonzaga

Javier García

Profesor emérito de la facultad de teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Introducción

En esta panorámica sobre “*Los Gonzaga y los Papas*”, también hay un espacio para las Américas. María Luisa Manrique de Lara Gonzaga y Luján fue virreina de Nueva España, México. En esta visión sintética presentaré una breve ficha biográfica, luego hablaré sobre el período mexicano y me detendré un poco más en su amistad y mecenazgo con Sor Juana Inés de la Cruz, la poetisa mayor de las Américas en todo el período virreinal y una de las más inspiradas plumas de la lengua española.

1. Quién fue María Luisa Gonzaga

María Luisa Manrique de Lara Gonzaga y Luján —en adelante María Luisa Gonzaga¹—, nacida en 1649, pertenece a una de las familias más linajudas de la España del siglo XVII. Fueron sus padres Vespasiano Gonzaga y Urbino, duque soberano de Guastalla, e Inés Manrique de Lara, condesa de Paredes de Nava. Por parte de su padre, estaba emparentada con la Casa de Mantua y con San Luis Gonzaga; por parte de su madre, era descendiente de grandes nombres de las letras del siglo de oro español como Pérez de Guzmán, del Marqués de Santillana, de Diego Hurtado de Mendoza y de Jorge Manrique, el gran poeta autor de la obra maestra *Coplas a la muerte de su padre*, cuya primera estrofa reza así:

¹ En el árbol genealógico oficial su nombre aparece como María Luisa Manrique de Lara Gonzaga y Luján, Condesa de Paredes de Nava y Marquesa de la Laguna. Por qué se anteponga el apellido materno, lo ignoramos. Diversos autores emplean diversas combinaciones de nombres y títulos. Nosotros por razones prácticas y obvias en relación al presente Congreso, nos referiremos a ella como María Luisa Gonzaga, marquesa de la Laguna y virreina de Nueva España.

*Recuerde al alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.*

El 10 de noviembre de 1675 se casó en el palacio real de Madrid con Tomás Antonio Manuel de la Cerda y Enríquez Afán de Ribera, III marqués de la Laguna de Camero Viejo. Con él engendró varios hijos, Mariana Francisca (12 de diciembre de 1675, muerta casi al nacer), Manuel (2 de agosto de 1678, fallecido a los once meses); y, estando ya en Nueva España, a José María Francisco, nacido el 5 de julio de 1683, que sucedería a su padre en el título. María Luisa fue educada en la tradición literaria y humanista de su familia. En la corte española tuvo varios cargos, como el de dama menina de la reina Mariana de Austria².

En 1688 regresan los virreyes a España. Don Tomás Antonio muere el 22 de Abril de 1692. María Luisa, ya viuda, es nombrada camarera mayor de la reina Mariana de Austria, la reina-madre el 17 de julio de 1694. Posteriormente es exiliada a Italia por haber tomado partido por el archiduque Carlos en la guerra de sucesión. Muere en Milán el 3 de septiembre de 1721 y está sepultada en la iglesia de las carmelitas descalzas de la misma ciudad.

2. María Luisa Gonzaga en Nueva España y su amistad con Sor Juana Inés de la Cruz

El 8 de mayo de 1680 Tomás Antonio es nombrado virrey de Nueva España, como se llamaba al extenso reino de México, asentado sobre el antiguo imperio azteca conquistado por el capitán Hernán Cortés casi un siglo y medio antes. El 30 de noviembre de 1680 tiene lugar la entrada solemne en la capital de la Nueva España. Tomás Antonio ejercerá el virreinato durante seis años, de 1680 a 1680, y permanecerá privadamente en la capital todavía otros dos años.

La vida de María Luisa como virreina de Nueva España se desarrolló en el palacio, entre ceremonias cortesanas, celebraciones religiosas, fiestas, bailes y saraos. Allí tuvo el feliz embarazo de Josef, *el mexicano*, como le llamaría Sor Juana Inés de la Cruz y al que esta celebraría en diversos poe-

² Decreto real del 23 de junio de 1654.

mas. Cuando su esposo se ausentaba para recorrer su reino y reforzar las extensas costas mexicanas, de Tampico hasta Campeche, ella quedaba en palacio y organizaba veladas y fiestas, o visitaba con frecuencia a su amiga, la monja de San Jerónimo. En la historia de México, cuando se habla de María Luisa Gonzaga Manrique de Lara como virreina de la Nueva España, lo primero que se recuerda de ella es el haber sido amiga y mecenas de la Monja Sor Juana Inés de la Cruz. Rasgo que eclipsa a todos los demás y por el que los mexicanos de los siglos posteriores hasta el día de hoy la ven con simpatía y agradecimiento.

¿Quién era Sor Juana a la llegada de María Luisa Gonzaga a la Nueva España? En el siglo se llamaba Juana de Azuaje Ramírez de Santillana, era una campesina criolla, nacida en la alquería de San Miguel de Nepantla, al pie de los volcanes Iztacíhuatl o “mujer blanca”, y del Popocatepetl o “monte que humea”, a sesenta kilómetros de la capital del reino. Por su inteligencia y viveza cuando tenía once años es llevada a la gran capital imperial, para vivir en casa de unos acaudalados tíos suyos. A la edad de quince años es invitada por la marquesa Leonor Carreto, a la sazón virreina de Nueva España, a vivir como dama de compañía en la corte. Por su inteligencia y cultura, por su belleza e inspiración poética, se convierte en una suerte de estrella de la sociedad novohispana. A los diecisiete años ingresa al convento de carmelitas descalzas, que abandona tres meses después por razones de salud. Después de un año la encontramos ya religiosa en el convento de San Jerónimo, en el que vivirá el resto de su vida hasta su muerte, a la edad de cuarenta y cuatro años. Desde el convento su fama irradiaba por todo el reino por su piedad y por su inspiración poética tan elevada y exquisita, tanto en asuntos religiosos, cuanto en temas profanos.

¿Cuándo y cómo nació la amistad entre María Luis Gonzaga y Sor Juana Inés de la Cruz? Empezó desde el mismo día de la entrada solemne de los virreyes en la capital del reino, primero como admiración, luego como cercanía y, finalmente, como amistad entrañable. En efecto, era tradición de aquella sociedad barroca fastuosa que, a la entrada de los virreyes, se levantarán arcos triunfales gigantescos, se celebraran misas solemnes, festejos, como juegos de artificio, danzas y bailes. Uno de los momentos culminantes de la entrada era el paso de los virreyes bajo el arco de triunfo, decorado en su honor con figuras mitológicas y textos alusivos a su función y prosapia.

A la entrada de los virreyes de la Laguna los arcos fueron encomendados a las dos figuras más cultas del momento, el docto sacerdote Don Carlos de Sigüenza y Góngora y la monja jerónima, Sor Juana Inés de la

Cruz. Ésta, se resistía a aceptar el encargo por modestia, pero presionada por el arzobispo y por el cabildo de la catedral, tuvo que aceptar. Eligió por tema un “Neptuno alegórico”, en alusión al título del “Marqués de la Laguna” y a la ciudad de México asentada sobre la antigua laguna de Tenochtitlán. El virrey aparecía bajo la semblanza de Neptuno, señor de las aguas marinas. Cada figura iba acompañada de la explicación en versos bellos e ingeniosos.

El arco, de veinte metros de altura, puesto en la fachada lateral de la catedral de México, porque la principal todavía no estaba acabada, causó estupor en la sociedad novohispana. Para María Luisa Gonzaga, mujer ilustrada y culta, fue toda una revelación. Preguntó quién lo había hecho y, al saber que la autora era la monja Sor Juana Inés de la Cruz, a los pocos días, valiéndose de sus privilegios de virreina, fue a visitarla al convento. Impresionó a la virreina la simpatía y viveza de la monja, su ingenio, su hermosura, la inteligencia que traslucía en cada respuesta y observación. A la monja también impresionó la cultura y belleza de María Luisa, mayor que ella tres años, y entre las dos mujeres brotó la chispa de la admiración recíproca, preludio de una amistad que habría de durar más allá de los mares, hasta la muerte.

A partir de este momento se suceden cartas, recados y regalos entre las dos mujeres. De parte de la marquesa de la Laguna, abundan los presentes, las visitas, las confidencias de su vida en familia y en la corte, la admiración por las poesías que le dedica e incluso le sugiere temas y motivos para nuevos poemas. De parte de Sor Juana, las respuestas a la virreina suelen ser poemas de afecto y agradecimiento.

Era una amistad genuina entre dos mujeres que sentían admiración y afecto recíproco: la virreina, por una monja excepcional, de un perfil que rompía los moldes monacales por su vitalidad, espontaneidad, simpatía y sana libertad de espíritu y, sobre todo, por su sensibilidad fuera de lo común, cristalizada en esas magníficas poesías simplemente perfectas, todo ello sin dejar de ser religiosa piadosa y observante; Sor Juana, por una española de alcurnia, cultura y belleza no comunes. Parte de tales poemas son, claro está, de circunstancias y de tono cortesano, sobre todo los dedicados al marqués de la Laguna: siendo un prodigio de ingenio, no dejan de ser artificiosos y de compromiso. Los dedicados a María Luisa, en cambio, siendo también ocasionales, tienen más frescura y espontaneidad y en ellos encuentra la monja modo de verter, junto con su estro, su afecto.

3. La poesía de Sor Juana Inés de la Cruz

Antes de mostrar algunas poesías dedicadas a María Luisa Gonzaga, digamos de paso dos palabras sobre la naturaleza y calidad de la poesía de Sor Juana. La obra poética de Sor Juana Inés de la Cruz rezuma gracia y frescura. Nada hay en ella forzado, todo viene a su pluma con naturalidad, como el agua que brota de la fuente, fresca y cantarina. Ella decía de sí misma que los versos acudían a su mente más rápido de lo que la pluma era capaz de escribir. Añadimos nosotros que el prodigio estaba en el caudal y en la calidad con que nacían. Impresiona también la fantasía de la monja de San Jerónimo y su portentosa erudición. De su lírica se podría elaborar un manual de mitología, de medicina, de música, de astronomía, de filosofía, de psicología femenina, de teología. Por otro lado, en su poesía todo camina con paso elegante, con ritmo, rima y garbo tales que dan un toque de señorío a cuanto ella escribe. Hay también en la obra poética de Sor Juana riqueza y dominio admirable de la lengua española: en ella, en la humilde monja mexicana, como en Cervantes, en Fray Luis de León, en Quevedo o en Góngora, la lengua de Castilla toca cimas de propiedad y belleza.

Dice el gran crítico literario, poeta y premio Nobel mexicano, Octavio Paz en su obra *“Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe”*:

En una literatura extremosa como la hispánica, siempre entre lo terrible y lo extravagante, lo brutal y lo artificioso, Sor Juana es un prodigio de templanza”... “Sus romances y sonetos son ejemplos de maestría verbal. Unos son rotundos y otros graciosos, unos elegantes y otros ligeros, casi todos son inteligentes, muchos deslumbrantes³.

En cuanto a las formas métricas, es asombrosa la variedad y perfección: romances, décimas, glosas, seguidillas, sonetos. “Hay que repetirlo una y otra vez”, subraya Octavio Paz, “sor Juana es uno de los grandes versificadores de la lengua” (*op.cit.*, pág. 349).

4. María Luisa Gonzaga en la obra poética de Sor Juana Inés de la Cruz

Vengamos ya a las poesías que dedica a María Luis Gonzaga. Lo primero que nos llama la atención es el número de poemas que dedica a los virreyes y la variedad de metros en que lo hace. En el tomo I de sus Obras Com-

³ Fondo de Cultura Económica, México 1982, pág. 250.

pletas, titulado *Lírica personal*⁴, hay 216 poemas, de los cuales 52, es decir, casi la cuarta parte, dedicados a los marqueses de la Laguna. A estos hay que añadir el “Neptuno Alegórico”, pequeñas obras teatrales como loas, saraos, bailes, de otros tomos, en los que directa o indirectamente se está refiriendo a la marquesa.

Examinemos de cerca este mundo de poesía y amistad que se entrecruza entre las dos mujeres de la Nueva España. Los organizamos de modo espontáneo e informal por las ocasiones y circunstancias en que se originaron. Así encontramos poemas de cumpleaños, de regalo, de eventos familiares, de respuesta a una petición o de espontánea expresión de admiración y afecto.

Poemas de cumpleaños

Cada año la Monja de San Jerónimo, por afecto y gratitud, se tomó el empeño de componer una poesía por el cumpleaños del marqués de la Laguna, el de María Luisa y el de Josef, su hijito. Si los virreyes estuvieron en Nueva España ocho años, Sor Juana compuso algo más de veinte poemas con este motivo de fondo. No se conservan todos, pero admira su creatividad y esfuerzo. A estos naturalmente hay que añadir los poemas por otros motivos, como diremos en seguida. Veamos un ejemplo de poema por el cumpleaños del marqués y otros por el de María Luisa.

Quizá el más significativo y paradigmático poema de felicitación a los marqueses sea el *número 13*⁵, situado entre 1680 y 1683, que empieza felicitando al marqués y concluye dirigiéndose a su esposa Mara Luisa:

*“Grande marqués, mi señor,
a cuyas plantas consagro
un osado afecto, pues
procura subir tan alto:
hoy es el día feliz
en que vuestra edad ha dado
al orbe de vuestras glorias
tantos círculos de rayos;*

⁴ Fondo de Cultura Económica, México 1951, ed. De Alfonso Méndez Plancarte, los tres primeros tomos; de Alberto G. Salceda el cuarto, FCE, México 1957.

⁵ En la edición de las Obras Completas de Sor Juana hecha por Alfonso Méndez Plancarte, FCE, México 1951, en el tomo I dedicado a la “Lírica personal”, cada poema va enumerado. Nosotros los citaremos refiriéndonos a este número.

*hoy, a vuestro nacimiento,
en los archivos del año,
eterno pórvido sella,
conserva puro, alabastro” (vv.1-12)*

A partir del verso 73 cambia el curso del río poético noventa grados y lo dirige a María Luisa Gonzaga, su esposa:

*“Pero si al lado, señor,
de aquel divino milagro
de quien estrellas el cielo
y flores aprende el mayo
(mi señora la marquesa,
en quien ya se conformaron
el cielo espirando aromas,
vibrando luces el prado),
estáis, ¿qué mucho será
que, el privilegio gozando
de que vivís en el cielo,
obtenzáis de eterno el lauro?
Vivid en su dulce unión
dichosamente, logrando
en tan feliz himeneo
la ventura de lograrlo” (73-88).*

En el *poema n.27*, envía su felicitación por la Pascua de Resurrección:

*“Darte, señora, las Pascuas
solo lo puede tu espejo,
porque se tiene la gloria
y porque te muestra el cielo.
El sí que solo sabrá
dártelas muy por entero,
pues está llena su luna
de tu sol y sus reflejos” (1-8).*

Otra vez da los buenos años a la virreina en endechas, y termina envolviendo en esta enhorabuena al marqués y al pequeño Josef (*Número 74*):

*“Discreta y hermosa,
soberana Lisi, en quien la belleza*

*e ingenio compiten.
¿Bella una vez sola?
¡Oh, qué poco dije!
Discreta mil veces,
bella otros mil miles” (1-8)*

... ..
*“Vive en el dichoso
consorcio apacible
de tu dulce esposo,
de tu amante firme:
del excelso Cerda,
que a tu real stirpe
une sus gloriosos
personales timbres
y de Josef, bello
vínculo que ciñe
de vuestros dos cuellos
las amantes vidas:
en cuyos progresos
pido a Dios que mires
la piedad de Numa
y el valor de Aquiles,
para que de tantos
héroes invencibles
las claras memorias
en él resuciten.
Vive, porque yo,
de tus rayos, Clicie,
sólo vivo aquello
que pienso que vives” (77-100).*

No podemos dejar de transcribir completo el siguiente romance en el que se juntan ingredientes de vario interés: está hecho para dar las Pascuas a la Virreina, pero de paso se defiende ante quien le reprocha que invierta tiempo en versificar —su confesor Antonio Núñez— en vez de dedicarlo a sus tareas religiosas. Ella expone la inocencia de su empeño y el poco tiempo que a ello dedica —y aquí escuchamos algo que solo se había oído de Ovidio—, porque los versos le vienen a borbotones, más rápidos de lo que la pluma alcanza a transcribir. Y ya que está versificando, como quien hace

girar la rueca, el hilo sigue fluyendo y alcanza para felicitar al marqués y al marquesillo (Número 33):

*Daros las Pascuas, señora,
 es en mí gusto, y es deuda:
 el gusto, de parte mía;
 y la deuda, de la vuestra.
 Y así, pese a quien pesare,
 escribo, que es cosa recia,
 no importando que haya a quien
 le pese lo que no pesa.
 Y bien mirado, señora,
 decid, ¿no es impertinencia
 querer pasar malos días
 porque yo os dé Noches Buenas?
 Si yo he de daros las Pascuas,
 ¿qué viene a importar que sea
 en verso o en prosa, o con
 estas palabras o aquéllas?
 Y más, cuando en esto corre
 el discurso tan apriesa,
 que no se tarda la pluma
 más que pudiera la lengua.
 Si es malo, yo no lo sé;
 sé que nací tan poeta,
 que azotada, como Ovidio,
 suenan en metro mis quejas.
 Pero dejemos aquesto;
 que yo no sé cuál idea
 me llevó, insensiblemente,
 hacia donde no debiera.
 Adorado dueño mío,
 de mi amor divina esfera,
 objeto de mis discursos,
 suspensión de mis potencias;
 excelsa, clara María,
 cuya sin igual belleza
 solo deja competirse*

*de vuestro valor y prendas;
tengáis muy felices Pascuas;
que aunque es frase vulgar ésta,
¿quién quita que pueda haber
vulgaridades discretas?
Que yo, para vos, no estudio:
porque de amor la llaneza
siempre se explica mejor
con lo que menos se piensa.
Y dádselas de mi parte,
gran señora, a su Excelencia,
que, si no sus pies humilde,
beso la que pisan tierra.
Y al bellissimo Josef,
con amor y reverencia,
beso las dos, en que estriba,
inferiores azucenas.
Y a vos, beso del zapato
la más inmediata suela;
que con este punto en boca
sólo, callaré contenta.*

Y como no es cortés recordar los años a las mujeres aun con la excusa del cumpleaños, la Poetisa con velo, transforma el tema en gloria para la virreina (*Número 20*):

*Excusado el daros años,
señora, me ha parecido,
pues quitarlos a las damas
fuera mayor beneficio;
y por esto no os los diera:
pero después he advertido
que no impera en las deidades
el estrago de los siglos (1-8).*

Poemas acompañando un regalo a la Virreina

Algunos poemas acompañan algún regalo que Sor Juana envía a la virreina, como la décima que acompaña un retablito de marfil que representa el misterio de Belén (Número 17):

*Por no faltar, Lisi bella,
al inmortal estilo
que es del cortesano culto
el más venerado, rito,
que a foja primera manda
que el glorioso natalicio
de los príncipes celebran
obsequiosos regocijos (1-8)*

... ..

*No tengo que te decir,
sino que yo no he sabido,
para celebrar el tuyo,
más que dar un natalicio (65-68).*

Con otras dos décimas envía sendas rosas en días diversos a María Luisa. Veamos la *número 129*:

*Este concepto florido,
de vergel más oloroso,
que dejó al jardín glorioso,
por averla producido;
esa, que feliz ha unido
a lo fragante, lo bella;
doy a tu mano, que en ella
campará de más hermosa;
pues en tu boca se rosa,
quando en tus ojos se estrella”.*

En otra ocasión al desearle a su amiga las buenas pascuas, le envía como regalo una pecera con unos pececillos que llaman bobos, y unas aves cantoras.

Poemas de afecto

Otros poemas son simplemente para expresarle su afecto, como cuando trata de explicarle en qué sentido llama *mía* a María Luisa:

*“Mi Rey, dice el vasallo,
mi Cárcel, dice el preso
y el más humilde esclavo,
sin agraviarlo, llama suyo, al Dueño”.*

Son tan numerosos los poemas de afecto, que surge el problema de la elección. Escogemos uno en que explicita la ascendencia española e italiana de María Luisa Gonzaga, a las que se añade la indiana adquirida en Nueva España. En el poema *Número 69* Sor Juana repasa la múltiple prosapia de María Luisa:

*A aquella deidad tan grande,
que, diosa de dos provincias,
Gonzaga la admira Italia,
Cerde la adora Castilla;
la Manrique generosa,
que gloriosa multiplica
los timbres de su prosapia
con los triunfos de su vista;
la que naciendo en Europa,
pasó su luz matutina,
brillando estrella en Italia,
a lucir sol en las Indias (9-20).*

Y ya que antes se había atrevido a pintar su retrato con pincel, ahora se arriesga a hacerle otro con la pluma, entregándonos en una décima una suerte de miniatura renacentista por el detalle, el colorido y la armonía: (*número 132*)

*Tersa frente, oro el cabello,
cejas arcos; zafir ojos,
brunida tez, labios rojos,
nariz recta; ebúrneo cuello;
talle airoso, cuerpo bello,
cándidas manos en que
el cetro de Amor se ve,
tiene Fili; en oro engasta
pie tan breve, que no gasta
ni un pie”.*

Es famoso el soneto que dedica a la Virreina María Luisa Gonzaga al enviarle sus “papeles” poéticos que ella le había pedido poco antes de marchar a España con la intención de publicarlos en Madrid. En este soneto, que sirve de frontispicio a la primera página de la edición de su primer volumen, dice así (*número 195*):

*“El hijo, que la esclava ha concebido,
dice el derecho, que le pertenece
al legítimo dueño, que obedece
la Esclava Madre, de quien es nacido;
el que retorna, el campo agradecido,
opimo fruto, que obediente ofrece,
es del Señor: pues si fecundo crece,
se lo debe al cultivo recibido.
Así, Lysi Divina, estos borrones,
que, hijos del Alma son, partos del pecho,
será razón, que a ti te restituya;
Y no lo impidan sus imperfecciones;
pues vienen a ser tuyos de derecho
los conceptos de un Alma, que es tan tuya.*

Otras veces su afecto la lleva a pedir perdón con una décima a su amiga por alguna descortesía y le dice, en metáfora (*Número 130*)

*Lysi, a tus manos divinas
doy castañas espinosas;
porque donde sobran rosas,
no pueden faltar espinas.
Si a su aspereza te inclinas
y con eso el gusto engañas:
perdona las malas mañas,
de quien tal regalo hizo;
perdona pues; que un erizo
solo puede dar castañas.*

Otra vez aprovecha su amistad con la Virreina para pedirle el indulto y la libertad para un prisionero inglés, pero declarando quedar ella esclava de su afecto:

*Para el inglés libertad
Y esclavitud para mí.*

Poemas al hijo de María Luisa Gonzaga

También Josef, el hijo de los virreyes, da a Sor Juana ocasión para dedicar a María Luis algunos poemas. Por una diadema que le envió la virreina, Sor Juana corresponde con un dulce de nueces que sabe es del agrado de su amiga y que, de paso, le ayudará en el embarazo. Y al aludir a la virreina encinta, se enreda en conceptos metafísicos (Número 23):

*Dos cuerpos en un lugar,
dos formas y una materia.
si alguno repara el modo,
respóndele, Lysi bella,
que no se entiende en palacio
el rigor de las Escuelas.*

Cuando María Luisa va a bautizar a su hijo, hace la Monja un arriesgado juego de palabras (Número 24):

*Crédito es de piedad,
que naciendo su Excelencia
legítimo, tú le quieras
llamar hijo de la Iglesia.*

“Hijos de la Iglesia” se llamaban en Nueva España los hijos que nacían de unión ilegítima, como se decía de la misma Sor Juana, sin prueba documental auténtica.

Y porque nació Josef en Julio, sor Juana anuncia a María Luisa prosperidades, como había sucedido a grandes personajes de la historia que fueron alumbrados también en julio, como Julio César. Le dice, haciendo un alarde de ingenio (Número 32):

*Para que digas ufana,
aunque es tu sucesor uno,
“parí uno, pero León,
Que no le equivalen muchos”.*

También tiene la Monja jerónima el detalle de enviar a su amiga un romance acompañando el andador de madera para que su primogénito aprenda a dar los primeros pasos. Y cuando el niño cumple un año, le compone una pequeña pieza teatral en forma de loa en la que intervienen, como personajes del drama Neptuno, Venus, Amor, Thetis, Apolo y dos coros de música.

Su afecto y admiración llevaron a Sor Juana a tomar el pincel varias veces. Esta vez con una décima acompaña el retrato que la monja hace a la virreina sobre un anillo (Número 126):

*“Este retrato, que ha hecho
copiar mi cariño ufano,
es, sobrescribir la mano,
lo que tiene dentro el pecho;
que, como éste viene estrecho
a tan alta perfección;
brotó fuera la afición,
y en el índice la emplea;
para que con verdad sea
índice del corazón.*

Conclusión

Tomás Antonio de la Cerda, marqués de la Laguna, y María Luisa Gonzaga Manrique de Lara concluyeron su virreinato en la Nueva España en 1686, pero aún permanecieron privadamente otros dos años, hasta 1688. Antes de partir, María Luisa pidió a Sor Juana todos sus “papeles”: poesías, autos sacramentales, obras de teatro, loas y villancicos sacros que había producido. Los virreyes habían salido de México en abril de 1688 y habían llegado ya a Madrid, pero todavía hubo tiempo para que Sor Juana enviara a su amiga este maravilloso romance en el que vuelca su admiración y afecto pintando la hermosa proporción corporal y anímica de la condesa de Paredes con otra proporción poética de elegantes y originales esdrújulos. Por no abusar del lector no transcribimos todo el poema, pero recomendamos vivamente su lectura completa: uno de los más arduos y armoniosos poemas de la Monja mexicana (Número 61):

*Lámina sirva el cielo al retrato,
Lísida, de tu angélica forma;
cálamos forme el sol de sus luces;
sílabas las estrellas compongan.
Cárceles tu madeja fabrica:
dédalo que sutilmente forma
vínculos de dorados Ofires,
Tíbares de prisiones gustosas.
Hécate, no triforme, más llena,*

*pródiga de candores asoma;
trémula no en tu frente se oculta,
fúlgida su esplendor desemboza.
círculo dividido en dos arcos,
pérsica forman lid belicosa;
áspides que por flechas disparas,
víboras de halagüeña ponzoña.
Lámparas, tus dos ojos, febeas
súbitos resplandores arrojan:
pólvora que, a las almas que llega,
tórridas, abrasadas transforma (1-19).*

... ..

*Plátano tu gentil estatura,
flámula es, que a los aires tremola:
ágiles movimientos, que esparcen
bálsamo de fragantes aromas.
Índices de tu rara hermosura,
rústicas estas líneas son cortas;
cítara solamente de Apolo
méritos cante tuyos, sonora” (61-68).*

Parecería un retrato espléndido de Tiziano, como el de la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos V.

Antes de concluir y para conservar limpio el honor y la categoría humana y espiritual de Sor Juana Inés de la Cruz, hemos de responder a una pregunta que está en el aire: ¿qué pretendía la Monja de San Jerónimo con estos versos de apariencia zalamera, dedicados a la marquesa y a su esposa? Algunos críticos afirman que eran solo lisonja cortesana, interesada en sacar provecho en forma de protección política y ventajas materiales para ella y para el convento. Octavio Paz, sin excluir la intención cortesana interesada, recalca la amistad sincera entre ambas; amistad que en algunos casos, dice, raya en tonos de amor platónico entre las dos mujeres – “porque las almas carecen de sexo”, como escribe Sor Juana-. Nosotros somos de opinión diversa. Muy inteligente y muy señora era Sor Juana Inés de la Cruz como para vender su primogenitura de mujer, de religiosa y de poetisa por un plato de lentejas. Simplemente había surgido entre las dos mujeres más notables de ese momento en Nueva España simpatía y admiración recíproca, amistad de ley que cada una manifestaba a su manera: la virreina, con regalos, protección, cercanía y admiración, la monja, con po-

esía y reconocimiento. Nunca perdió de vista Sor Juana la asimetría de esta relación, como la que corresponde a un soberano y a un vasallo; había sí, cortesanía -estamos en plena atmósfera barroca-, pero sin perder un ápice de su señorío.

Al llegar a España, María Luisa publicó los poemas de Sor Juana un año después, en Madrid en 1689, con el título barroco de: “INUNDACIÓN CASTÁLIDA, de la única poetiza, Musa Dézima, Soror Juana Inés de la Cruz, religiosa professa en el Monasterio de San Gerónimo de la Imperial Ciudad de México”. La amistad entre las dos mujeres no se marchitó con la distancia ni con el pasar de los años; continuó lozana por medio de una intensa correspondencia. Todavía en 1692 María Luisa publicó el segundo tomo de las obras completas de Sor Juana, lanzándola a la fama en España, en Europa y en las Américas. También fue María Luisa la “causante” de una joya desconocida de Sor Juana Inés de la Cruz, los “ENIGMAS”, dirigidos a monjas portuguesas que habían pedido a Sor Juana, por medio de María Luisa Gonzaga, que escribiera algo para ellas. Como decimos, es obra de 1692, poco antes de que la Monja Jerónima colgara su plectro y su lira, vendiera su mayor tesoro, sus libros, y se dedicara a cuidar de sus hermanas religiosas afectadas por la peste. Ella misma quedaría infectada por el virus exantemático y moriría serenamente 17 de abril de 1695, a la edad de 41 años.

La virreina de Nueva España, María Luisa Gonzaga Manrique de Lara, condesa de Paredes de Nava y marquesa de la Laguna, pasará a la historia no solo por sus títulos nobiliarios, altos y abundantes, sino también y, sobre todo, por haber sido amiga y mecenas de Sor Juana Inés de la Cruz, la mayor poetisa de América y una de las grandes plumas del siglo de oro de la literatura española.